

Humanización: autoridad y poder

JOSÉ GARCÍA FÉREZ

MAESTRO EN BIOÉTICA

(De la revista Humanizar N° 92)

En cualquier persona, grupo o institución social, podemos observar algún tipo de autoridad o de relaciones de poder: de padres a hijos, de profesores a alumnos, de jefes a empleados, etcétera, casi todas ellas con carácter recíproco, aunque claramente desigual. Asimismo, también el Estado, los distintos órganos de gobierno, (nacionales, estatales o municipales) y los agentes de la administración pública (médicos, profesores, cuerpos de seguridad, jueces, etcétera), detentan poder o ejercen alguna autoridad sobre los ciudadanos.

Tener autoridad

La autoridad, como el poder, puede comprenderse de muy distintas maneras. Una de las más comunes es entenderla como la capacidad para exigir o imponer obediencia a otro, es decir, la capacidad de mandar sobre otros o mantener una relación de subordinación de unas personas con respecto a otras. En este sentido, como ciudadanos tenemos cierta obligación de respetar y acatar, en la medida de la exigibilidad que detenten las normas jurídicas, las leyes que rigen el ordenamiento civil y penal.

Pero igualmente, se puede asociar el término 'autoridad' a las personas, grupos o instituciones que ostentan el poder y tienen el mando. En este sentido, debería tener más autoridad aquel político o agente social que persiga el bien común, la justicia y la igualdad en todas las acciones y decisiones que lleve a cabo en su función social, y merecer menor credibilidad moral aquella persona o institución que actúe de forma arbitraria, violenta o injusta. Con razón afirmaba el filósofo Ortega, en su obra *La rebelión de las masas*, que «el mando debe ser un anexo de la ejemplaridad», es decir, todo aquel que ostente el poder debería tener, cuando menos, ciertas condiciones que lo hagan merecedor de credibilidad y fiabilidad. Dichas cualidades ejemplares del buen gobernante bien podrían ser las que ya en la lejana Grecia clásica asumieron los principales filósofos a la hora de esbozar la figura del gobernante ideal: sabiduría, madurez, benevolencia, fortaleza, magnanimidad, etcétera. Todas estas cualidades englobarían lo que Platón y Aristóteles entendían por un gobernante virtuoso, digno de admiración, de respeto y de obediencia plena.

Desde un punto de vista ético-político, una autoridad únicamente podrá ser considerada legítima cuando sea representativa de la voluntad popular, es decir, cuando haya sido elegida y aceptada por procedimientos democráticos y su actuación sea acorde con los derechos humanos (formas de gobierno basadas en el respeto a la vida, la dignidad, la libertad y la igualdad de las personas). No obstante, también pueden existir formas de poder legítimas ajenas a la racionalidad democrática y la promoción de lo humano, basadas en la opresión y la fuerza, y que revistan formas más autoritarias y totalitarias. Estas últimas,

claro está, no serán tan preferidas como las primeras, al menos para todos aquellos que tengan claros los derechos fundamentales de todos los seres humanos.

Tener poder

El poder se ha justificado de diferentes formas a lo largo de la historia: mediante la fuerza y la violencia (dictadores, tiranos, etcétera); mediante la tradición o el privilegio (faraones, monarcas, emperadores, etcétera); mediante la ley y la razón (Estados democráticos actuales y libre voluntad de los ciudadanos). Esta última forma de justificación del poder, la racional- legal, es la que, hoy por hoy, ofrece mejores visos de ser justa y respetuosa de la dignidad que merecemos los seres humanos.

Y es que, el poder en sí mismo siempre seduce; ha tenido y tiene un atractivo singular, ya sea el poder económico (tener dinero), científico, técnico o intelectual (tener conocimientos); el poder político vinculado al prestigio social (tener autoridad). La riqueza, el saber o el reconocimiento público han constituido siempre tres referentes ineludibles de la experiencia humana, pero también tres aspiraciones a las que muchos individuos dedican toda o gran parte de su vida, sintiéndose frustrados si no las alcanzan.

Con razón sostenía Nietzsche, en su obra *La genealogía de la moral*: «El poder es el afrodisiaco más fuerte». Cualquier ser humano se ha visto sometido alguna vez en su vida a la seducción del poder, al afán por conseguir poder, por todo lo que supone su posesión y por las consecuencias que se derivan de su tenencia o no. Por ello, debemos hacer una seria crítica interna sobre cuánto poder propio deseamos tener y cuánto poder ajeno podemos soportar.

Saber gobernarnos y saber gobernar

Todos deseamos gobernarnos bien y que la persona o institución que nos gobierne también sepa hacerlo bien. Lo primero, gobernarnos bien, entra en el complejo mundo del aprendizaje vital humano, es decir, de la acumulación de experiencias, el acopio de conocimientos, la imitación de conductas, la interiorización de actitudes, la aprehensión de valores, el cultivo de virtudes, etcétera, mientras que lo segundo, gobernar bien a otros, entra en lo que podríamos llamar el arte de hacer buena política o, lo que es lo mismo, el difícil arte de saber mandar con autoridad, corrección y bondad.

Saber dirigir bien nuestra vida o las vidas de otros entra en una «ética del poder», tanto en el contexto personal como en el social. Sobre el desarrollo del poder personal y en orden a la configuración del destino individual, Séneca nos recuerda en sus *Diálogos sobre la tranquilidad del ánimo* que «el hombre más poderoso es el que es dueño de sí mismo». Es cierto, conocerse uno bien y dominar la propia libertad en todo lo que pueda resultar previsible (dejamos a un lado los marcos del azar, de las circunstancias impredecibles y la fatalidad) pueden ser buenas herramientas de autogobierno y de construcción de eso que llamamos biografía moral.

Sobre el manejo del poder personal en la dirección de la vida de los demás, esto es, en el desarrollo del poder en orden a la configuración del destino de una sociedad, creemos que es necesario saber gobernarse previamente bien uno a sí mismo, para poder gobernar correctamente a los demás. De no ser así, podríamos tener malos gobernantes o formas de gobierno arriesgadas, imprudentes o inaceptables.

La difícil tarea del convivir humano exige, cada día con más crudeza, un manejo correcto del poder; ese mismo poder que nos permite construir una sociedad mejor para todos o destruir todo cuanto hemos conquistado de bueno como seres humanos. Ojalá que todos sepamos pensar qué «ética del poder» debemos ejercer dentro de un mundo cada vez más globalizado y vulnerable.